

Vichnu, una de las divinidades supremas; todos los actos de su vida fueron otros tantos milagros, sus palabras se cuajaron en dogmas, y nació todo un mundo de sacerdotes para codificar su doctrina y para reconstituir las instrucciones del pasado bajo nuevas denominaciones. Así vemos el budhismo fundirse gradualmente en el antiguo brahmanismo, hasta cuando triunfa en apariencia.

Porque, en efecto, hubo un momento de triunfo oficial, trescientos años de la fecha probable del nacimiento de Çakya-Muni; así como después, por un movimiento paralelo, el emperador Constantino había de matar el cristianismo inaugurándole como religión del Estado, así también un rey de Behar, Açoka, dió el carácter oficial al culto de Budha, nombrando 64000 sacerdotes, verdaderos funcionarios religiosos con sueldo regular del presupuesto. El también, como lo hicieron sus imitadores inconscientes, los emperadores de Bizancio, reunió concilios para fijar los dogmas, para determinar el valor preciso de las palabras y quitarles todo carácter que no fuese puramente místico, hizo revisar el canon de las «Buenas Nuevas» o Evangelios para no recopilar más que las ideas aceptadas en alto lugar; estableció un ministerio de inquisición para velar por la pureza de la fe, y, como los misioneros españoles en el Nuevo Mundo, lanzó edictos a los pueblos bárbaros para obligarles a seguir su culto.

Sin embargo, preciso es hacer constar que aun quedaba en el mundo búdhico algo de los principios de dulzura y tolerancia que había profesado el Budha, y que desde luego correspondía perfectamente a los sentimientos naturales de la población agrícola, habituada a la vida dulce y pacífica de los campos, rimada por la cadencia de las estaciones. Aunque las castas hubiesen sido restablecidas, todas las proclamaciones reales hablaban de la fraternidad humana y del deber de esparcir la instrucción entre las mujeres y los niños lo mismo que entre los hombres. A lo largo de los caminos se construyen fuentes y se plantan filas de árboles frutales para los viajeros. Todas las ciudades tienen sus hospitales para los hombres y para los animales enfermos. Los reyes, en grandes fiestas convidaban a su pueblo y a los extranjeros, y el inmenso banquete era presidido por el rey revestido de harapos; pero aquel hombre ha-

raposo no dejaba de ser el amo, y aquella comida en común no procedía de la cosecha colectiva, sino del impuesto cobrado por los exactores.

Cuarenta inscripciones grabadas sobre pilares y rocas a la entrada de las cavernas tenidas por santas recordaban sus deberes al pueblo y le excitaban a la propaganda religiosa, no por la espada, sino por la palabra. Todavía existen algunos de esos sermones lapidarios y atestiguan el celo que animaba en aquella época a los misioneros encargados de esparcir la verdadera fe, y en verdad que habían de ser impulsados por una fuerza singular aquellos apóstoles que supieron adaptar quinientos millones de hombres a las formas exteriores del budhismo. Hasta en el Pamir,



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

SURYA

también llamado Savitar o Saviri, dios del Sol.

en Tach-kurgan, el «Pierre-mont», donde en todo tiempo se han detenido los viajeros y peregrinos, se han descubierto los vestigios de un antiguo *stupa* que se supone constituido por Açoka¹.

Pero en la misma península de la India desapareció casi completamente el culto de Budha, sin duda por medio de algunas pe-

¹ A. Stein, *Report on a Journey of... Exploration in Chinese Turkestan.*

queñas persecuciones, aunque efectuadas de una manera muy pacífica. Sin embargo, los efectos de la revolución social y moral producida por el quebrantamiento temporal de las castas habían sido tan poderosos, que renovaron la sociedad entera. En virtud de aquel enérgico llamamiento a la individualidad humana, se vió por todas partes erigirse hermosos templos ornados con estatuas, y elegantes dagobas coronaron las cimas de las rocas y de las montañas. La poesía y la ciencia tuvieron entonces su gran época: Panini compuso su gramática, que llegó a ser el modelo de todas las otras obras del mismo género, y los rapsodas empezaron a cantar los 220000 versos del inmenso Mahabharata. El mismo hábito de dulzura infinita que había inspirado al Budha también penetró en los poetas, quienes nos presentan a Yudichtira forzando a los dioses a que admitan su perro en la mansión de los bienaventurados: se niega a entrar en ella sin él, prefiriendo continuar la vida en su compañía en el mundo de las luchas y de las angustias humanas. Más aún, Yudichtira, en su maravilloso poder de bondad libertadora, ¿no llega hasta conseguir que desciendan los dioses del cielo para iluminar las tinieblas del infierno y cambiar en goces los suplicios de los malos? Gracias a él el mismo lugar de las eternas torturas se convierte en la mansión dichosa¹.

En cuanto Budha fué admitido en el panteón brahmánico, acabó su misión sobre la tierra: no hubo ya razón alguna para conservar en su nombre unas ceremonias especiales que, por otra parte, se confundían con las de los mil cultos de la India, y que los teólogos libres podían explicar a su fantasía en uno o en otro sentido. Allí está el ejemplo del Nepal para demostrarnos que hasta la supuesta religión búdhica, enseñada por misioneros pertenecientes a la raza privilegiada, no es otra cosa que el brahmanismo gangético. Sin embargo, la isla de Ceylán, que contrasta naturalmente con la India peninsular, a la vez por diversos rasgos del suelo, de los habitantes, del lenguaje y de las costumbres, difiere también de la gran tierra por la conservación de antiguas formas religiosas tenidas por búdhicas, pero comparables por la autenticidad de ori-

¹ Eichhoff, *Poésie héroïque des Indiens*, ps. 295 y sig.

gen al famoso «diente de Budha», simple canino de carnívoro que se conserva en el templo del pico de Adam.

El mismo movimiento de emigración que había hecho descender los Arios primitivos de las altas tierras del Afghanistan a la cuenca del Indo, continuó igualmente de siglo en siglo, modificando incessantemente los cultos y las costumbres. Unicamente desde ese punto de vista puede concederse valor histórico a la leyenda referida por Ammien Marcellin, según la cual Hystaspes o Vistacpa, padre de Darío, penetró en la India superior «para explorar sus comarcas secretas» y visitar los Brahmanes en el «silencio augusto de los bosques»; con ellos estudió el movimiento del mundo y de los astros», escrutó el «ritual de los sacrificios», aprendió los «misterios de la magia»¹. Esta leyenda indica al menos que no habían cesado de existir relaciones entre los Arios de las mesetas de Occidente y los de las llanuras orientales, y que los dos cultos llegados a su desarrollo eclesiástico, el zoroastrismo y el brahmanismo, tuvieron ocasiones de compenetrarse mutuamente².

Se puede citar otro indicio de estas relaciones. Está generalmente admitido — aunque no por todos los indianistas — que poco tiempo después de Budha, la escritura estaba a punto de esparcirse entre los pueblos de la India; una recopilación, verdaderamente de la época, el *Ialita Vistara*, enumera 64, y, en una traducción china, 65 especies de escrituras. Entre ellas hay una que lleva el nombre de Kharosti, es decir, de «labios de asno», probablemente un equívoco que suscita el recuerdo de Ciro, el Khusrau de la historia persa, considerado en su propio país como un «mulo» porque su madre, que era Meda, era esposa de un Persa³. Es un hecho constante que cuando se introducen nombres propios en una lengua extranjera, el pueblo los altera gradualmente para darles una significación. Sería, pues, en los tiempos en que Ciro extendió su dominación sobre las comarcas limítrofes de la India nord-occidental cuando los Persas introducirían en la Península su forma de escritura con una parte de su civiliza-

¹ Ammien Marcellin, lib. XXIII, c. VI, §§ 32 y 33.

² Brunnhofer, *Vom Aral bis zur Gangá*, p. 164.

³ Herodoto, *Historias*, I, I, 55.

ción¹. Por lo demás, no sería dudoso, dice Weber², que el alfabeto hindu, con sus variantes, sea de procedencia caldea, origen todavía más lejano que si la escritura hubiera nacido sobre las mesetas de la Irania.

No solamente continuaban las emigraciones de Oeste a Este, hacia el sol levante, sino que los emigrantes se presentaban, como sus antepasados, en forma de conquistadores y dominadores. Los primeros invasores arios fueron rechazados hacia Oriente por sus sucesores de la misma raza, especialmente hacia el país de Ayoda o Audh, donde los Brahmanes ocupan el primer rango entre sus consanguíneos de casta; el hecho es que esta misma comarca de los Siete o de los Cinco Ríos, que, en la época de los Vedas, había sido celebrada como la tierra de bendición por excelencia, acabó por ser considerada como una región impura que los poetas hindus cubren con sus maldiciones. Un largo pasaje del Mahabharata, perteneciente probablemente a la época de la redacción definitiva del gran poema, antes o después de Alejandro, se refiere a los Arattas, los habitantes réprobos de esta parte del Pendjab, y la descripción que hace de ellos parece indicar que el grueso de la población se componía entonces de indígenas que habían bajado de los valles del Himalaya. Lo que indigna sobre todo al poeta es que en las familias de los Arattas prevalece la regla del matriarcado, según la cual la herencia pasa a los hijos de las hermanas³.

Si se concede un fondo de verdad a la leyenda, reproducida por Ctesias y Diodoro de Sicilia, que nos muestra a Semíramis haciendo la conquista de la India, los Asirios se contaron quizá en el número de los invasores de la península. En todo caso es cierto que los Persas penetraron en las llanuras que se extienden más allá del Paropamisus. Herodoto describe los ribereños del Indo como súbditos fieles de Darío. Aunque el país ocupado por ellos fuese poco considerable en proporción de los otros territorios inmensos del «Gran rey», la parte de impuestos que pagaban, 760 talentos de oro, debía representar próximamente la tercera parte de la renta total de Persia. Es probable que esos tesoros no fuesen aportados

¹ Terrien de la Couperie, *Babylonian and Oriental Record*, vol. I, n.º 4.

² *Indische Skizzen*, p. 77.

³ Vivien de Saint-Martin, *Géographie grecque et latine de l'Inde*, ps. 402 a 410.



ELEFANTES REALES

De una fotografía.

en tributo solamente por los habitantes de la Heptapotamia, y que los habitantes de las campiñas más lejanas contribuyeran también a esos envíos de ricos presentes para comprar el favor del poderoso soberano¹. De ese modo la parte de la India que atravesó el ejército de Alejandro estaba ya sometida a la Irania, al menos atraída

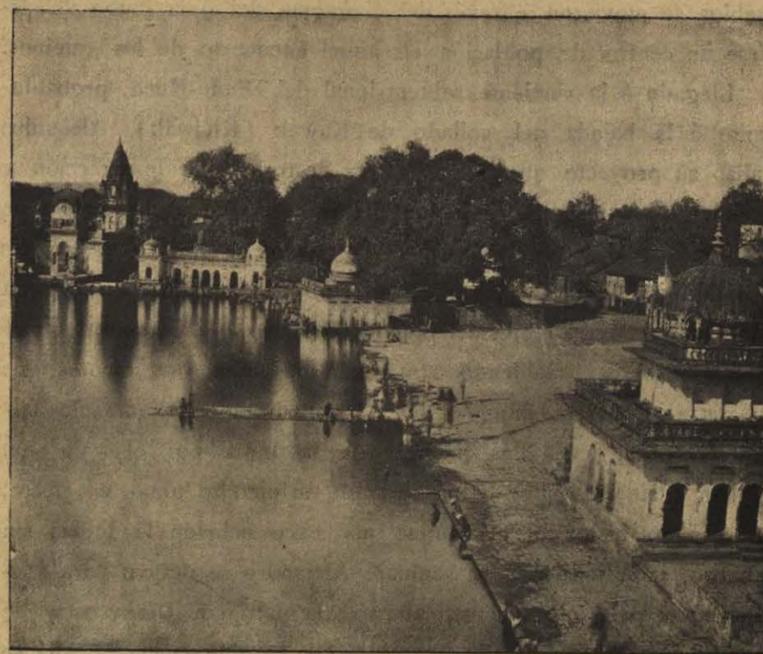
¹ E. H. Bunbury, *History of ancient Geography*, vol. I, p. 226.

en su «esfera de influencia», como dirían los diplomáticos modernos: el conquistador macedonio no hacía más que reemplazar a Darío apoderándose de esta comarca.

Tal es la razón por la cual la expedición de Alejandro, que aumentó prodigiosamente los conocimientos de los Occidentales extendiendo el mundo de su pensamiento, fué completamente desconocida de los Hindus mismos: no ha quedado rastro de ella en los anales históricos ni en las leyendas transmitidas por la literatura, debido a que su equilibrio político y social no sufrió cambio alguno. Alejandro, a quien solamente vieron pasar como aparición fugitiva, no fué para ellos más que un lugarteniente de Darío, como muchos otros que habían visto en el espacio de dos siglos. Reinaud da otra razón de este hecho: los Brahmanes dominaban entonces. Alejandro, por grande que fuese, sólo era para ellos uno de esos seres impuros de los que no conviene hacer mención¹. El rey macedonio quería oscurecer la gloria de los mismos dioses; por él había de olvidarse Hércules y Baco, pero no logró hacerse nombrar por los orgullosos Brahmanes.

El itinerario seguido por el Macedonio en su expedición de conquista prueba que todas esas comarcas montañosas y difíciles al norte y al sud del diafragma del Asia, eran muy bien conocidas. Alejandro jugaba allí como un niño corretea en medio de los árboles: verdad es que la duración total de su viaje de conquista, al norte y al oriente de Persépolis, no duró menos de siete años. Llegado en persecución de los fugitivos persas ante una de las «Cien puertas» caspias, descendió a las llanuras del Turán para seguir fácilmente al Norte, sea la base, sea un largo valle intermedio entre las montañas limítrofes de la Irania hasta la brecha que atraviesa la cadena de parte a parte, allá donde se halla una de las «llaves del mundo», la famosa Herat, a la que para su propia gloria denominó Alejandría in Ariis. Después, en lugar de dirigirse directamente a Bactres, donde residía Bessus, el asesino de Darío y su sucesor como rey de los Persas, Alejandro, seguro al parecer de su victoria futura, se dirigió al Sud para volver sobre

¹ Jos. T. Reinaud, *Mémoire géographique, historique et scientifique sur l'Inde*.



SAGAR Y SU LAGO ARTIFICIAL, ENTRE UDJEIN Y ALLAHABAD

De una fotografía.

la Bactriana por un inmenso rodeo á través de la Drangiana y la Aracosia. Tomando el camino que tantos otros conquistadores siguieron después de él, descendió al territorio de las hondonadas y de los lagos, llamado actualmente el Seistan, y remontó al Nordeste por el valle del Etymander, el Hilmend, para alcanzar la base del Hindu-Kuch en la región de Kabul: ese es exactamente el camino que tomó, en la última guerra del Afganistán, el ejército del general Roberts. Obligado á esperar al pie de las montañas que la primavera derritiera las nieves del invierno, Alejandro empleó su tiempo en construir una de esas ciudades á que tanto se complacía en dar su nombre: una Alejandría ad Caucasum se elevó en la proximidad de la actual ciudad de Kabul, en un punto donde vienen á juntarse los senderos que bajan de las principales gargantas de la cordillera. Se han designado ruinas en más de un lugar como restos de la antigua ciudad¹; por lo demás, desde que diferentes

¹ Wilson, Cunningham, Vivien de Saint-Martin, B. Haussoulier; Bunbury, *History of ancient Geography*, passim.